



CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ
La casa de papel
Cáceres, Periférica, 2025.

Sin el más mínimo rebozo me incluyo en la extensa cohorte de lectores que adoran leer libros (de ficción o no) que hablan fundamentalmente de literatura; por eso celebro sobremanera que los entusiastas de Periférica (en su colección Serie Menor) rescaten, en un adorable formato casi de bolsillo –literalmente: recuerda una de esas libretitas que a uno le gusta llevar a mano para anotar cualquier ocurrencia o cosa necesaria–, una novelita breve que el autor argentino Carlos María Domínguez (Buenos Aires, 1955, aunque afincado en Uruguay) publicó en la editorial Alfaguara en 2004 (junto con cuatro relatos más en un volumen titulado 'Hombres en la costa') y luego reeditó Mondadori en una versión con ilustraciones del año 2007. Domínguez es un escritor poco conocido en nuestro país, pero, por lo que he podido averiguar (y tal vez muchos de ustedes ya sepan) esta obra, de título tan sugerente como estricto, se ha convertido en un libro de culto dentro del relato hispanoamericano de los últimos treinta años. En sus escasas cien páginas, condensa una decidida declaración de amor por la literatura en un relato que atesora atractivas pinceladas de novela negra que remi-

(Otro) elogio de los libros

Novela. Periférica vuelve a ofrecer con 'La casa de papel' un relato manifiestamente bibliófilo

ENRIQUE GARCÍA FUENTES



ten, sin menoscabo de su originalidad, a autores como Borges y un homenaje tan implícito como explícito a otro escritor incontestable como fue Joseph Conrad. No es la primera vez que la editorial cacaña nos brinda la oportunidad de disfrutar de relatos manifiestamente bibliófilos; baste recordar títulos como 'Mi maravillosa librería', de Petra Hartlieb, o 'La librería ambulante', de Christopher Morley, entre muchos otros. Añadimos sin desdoro este de 'La casa de papel'

a esa mágica vecindad de obras que hace de la misma literatura inicio y razón de su existencia.

El comienzo de la obrita es, decididamente, espectacular: «En la primavera de 1998 Bluma Lennon compró en una librería del Soho un viejo ejemplar de los Poemas, de Emily Dickinson, y al llegar al segundo poema, sobre la primera bocacalle, la atropelló un automóvil. Los libros cambian el destino de las personas». Tras tan 'libresco' lance sabemos que esta Bluma Len-

non –profesora de la Universidad de Cambridge– es la destinataria póstuma de un ejemplar de 'La línea de sombra', de Joseph Conrad. Un curioso ejemplar, por cierto, pues le llega, ya fallecida, en un abultado sobre que al abrirse desvela que el volumen viene cubierto de cemento. Lo recibe y descubre el protagonista de la novela, un innominado profesor de Lengua Hispánica que se encarga de sustituir a la fallecida colega. Él nos cuenta la peripecia y en seguida conocemos que decide quedarse tan insólito envío e investigar su historia. Tras abrir el paquete se da cuenta de que el libro había pertenecido a Bluma y que ésta lo había prestado en su momento a un tal Carlos, de Montevideo, al que había conocido en un simposio y con el parece que tuvo un breve escaqueo amoroso. Tras descubrir esto no considera adecuado quedarse con el ejemplar y decide entregárselo en mano a ese tal Carlos, y, como en verano pensaba volver unos días a su ciudad natal, Buenos Aires, procederá a la búsqueda del personaje en cuestión. Desde Inglaterra hasta Suramérica inicia un periplo en el que descubrirá bibliófilos empedernidos, bibliotecas secretas y que ese Carlos es un tal Carlos Brauer que resulta ser un coleccionista de libros cuya pasión desmedida por ellos y por su enorme biblioteca personal, lo condujo a tomar insólitas decisiones, la más llamativa la que convierte el título de la obra es un sintagma mucho más verídico que estrictamente metafórico.

El lector se da cuenta de que pronto este argumento preñado de aventura vira, sin embargo (y sin que a los dichosos 'tetraheridos'

moleste) hacia un emocionante viaje por múltiples facetas concernientes al amplio mundo de la lectura, de los coleccionistas enfermizos de libros, de las grandes y pequeñas bibliotecas y a la sonrisa cómplice de reconocer referencias continuas a otras obras, autores y experiencias que convierten con agrado la trama en una mera excusa. Saludamos a Dickinson y a Conrad al principio, pero intuimos a Borges, a Onetti y entrevemos de lejos a Robert Arlt, a Cervantes, a Vargas Llosa, Balzac, Neruda, García Márquez, Shakespeare, Marlow, Vallejo, Kafka, Camus..., un no parar. Con todo, la novela va más allá de la mera cita y encomio de autores y obras; revela, al mismo tiempo, algunas de las filias, manías y fobias de los lectores impenitentes, tales como los hábitos de cada uno para encadenar lecturas o los modos que se adoptan a la hora de ordenar las bibliotecas respectivas; métodos para la intuición de si un libro puede ser atractivo (curiosa la idea de lo que llaman 'corredores') y hasta los pequeños e inevitables vicios de los lectores impenitentes: «Los lectores espiamos la biblioteca de los amigos, aunque sólo sea para distraernos. A veces para descubrir un libro que quisiéramos leer y no tenemos, otras por saber qué ha comido el animal que tenemos enfrente. Dejamos a un colega sentado en la sala y de regreso lo hallamos invariablemente de pie, husmeando nuestros libros», o esclamamientos de nuestros comportamientos inexplicables: «Me pregunté muchas veces por qué conservo libros que solo en un futuro remoto podrían auxiliarme, títulos alejados de los recorridos más habituales, aquellos que he leído una vez y no volverán a abrir sus páginas en muchos años. ¡Tal vez nunca!». Muy sencillo: «A menudo es más difícil deshacerse de un libro que obtenerlo». En fin, un soplo cálido de aliento para quienes encuentran en los libros un armazón sólido que nos ayuda a sobrevivir la mejor posible cualquier vida, porque son «mis amigos. Me dan abrigo. Sombra en el verano. Me protegen de los vientos. Los libros son mi casa». Amén.